

SEMANARIO POLÍTICO  
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Redacción y Administración:  
**ALBERTO AGUILERA, 52.**  
NÚMERO SUELTO: 20 CTS.

# El Motín

FUNDADO EN EL AÑO 1881

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: Trimes. 3 pts; Sem. 6; Año, 19  
Provincias: Trimes. 3; Sem. 6; Año, 12  
Ultramar y Extranjero: Año, 20

PAGO ADELANTADO

Corresponsales: 25 números 5 pts

Año XLV.

Madrid, Sábado 4 de Julio de 1925.

Número 27.

## DE JUEVES A JUEVES

Sigue la Conferencia hispano-francesa.

El miércoles llegó a Madrid monsieur Malvy.

El Presidente del Directorio llegó el martes. Ha dicho que pensaba estar en Madrid ocho ó diez días, pero se detendrá más seguramente; y que en Marruecos y en España está muy bien todo.

Ha habido algunos nuevos ataques a las líneas francesas, y nuestros cañones y escuadrillas disuelven grupos rebeldes en nuestra zona.

En Barcelona las autoridades han suspendido en su funcionamiento al club de fútbol titulado Barcelona y al O feón Catalán; al primero por no haber oído la marcha real con respeto, y al segundo por haber repartido entre sus socios una circular en que figuran conceptos contra la unidad de la patria.

La Gaceta ha publicado un decreto aumentando las fuerzas navales para el año 1925 á 1926.

Firmada por varios vecinos de Palma de Mallorca se ha remitido al Directorio una instancia para que se respete la costumbre de que en la procesión del Corpus la custodia llevada en andas pase por encima de la banqueta, depositada en el suelo. «Sobre una alfombra», añade el documento, no vayamos á creernos que los solicitantes no son mirados.

Y sigue:

«Esta costumbre se viene practicando hace años, á presencia del capitán general y otras autoridades, que se colocan en una tribuna levantada frente á la Casa Ayuntamiento, y ha sido respetada por los Gobiernos de todas las situaciones políticas, incluso el republicano.»

Este «incluso el republicano» debe llenarnos de gratitud hacia los firmantes de ese escrito, porque viene á revelar que todavía hay quien cree que republicano y enemigo de pantomimas clericales era una misma cosa; cuando nuestra imperecedera historia está lle-

na de ejemplos de republicanos por la gracia de Dios.

Y así nos ha lucido el pelo.

\*\*\*

Pero lo que, por sectario que uno sea, no puede negarse, es que esta fe que todos defendemos con tales extremos, dulcifica las costumbres y fomenta la piedad. Ocho ó diez días ha habido larga cola ante la casa en que se vendían los billetes para la corrida de la Cruz Roja. La gente aguardando y desviéndose por dar para los pobres veinticinco, treinta y cinco y cincuenta pesetas. Y si algunos se han retraído un poco, no ha sido, ciertamente, por falta del noble sentimiento de la caridad, sino porque no han puesto al litri.

\*\*\*

*Panem et circensens.*

Digase lo que se quiera, una buena corrida de toros fomenta los sentimientos y la cultura de la nación, así como una corrida mala puede desencadenar sobre el país males sin cuento, según ocurrió en Barcelona por el año treinta y tantos. Todos los historiadores convienen en que si aquella tarde se incendiaron los conventos, fué porque los toros no embistieron ni poco ni mucho. Miren ustedes por donde hubiera podido resultar que la cría de reses bravas fuese un menester tan piadoso y digno de las almas claustrales como la fabricación de bebidas alcohólicas.

Volvamos á lo primero: cinco ó seis mil personas á quienes no se les hubiese ocurrido ir á la monumental y admirable Toledo en toda su vida ni celebrar la hazaña de Pedro Ansures, fueron el domingo pasado en tropel á celebrar la hazaña del monumental Belmonte. Por algo se empieza, y no importa si al regresar, preguntando alguno qué tal le había parecido el Greco, contestase que no *atoreaba*.

\*\*\*

Otro camino por donde, según dicen, la regeneración de la raza nos llega más que á paso, es el fútbol. A aba de elevarse un monumento á dos futbolistas, y en el acto del descubrimiento han sonado todas las palabras detonantes: caballerosidad, martirio, justicia. Por más que ya me hago cargo de que en algo se han de emplear.

No he de ocultar que, anticuado como estoy, no se me alcanza bien cual sea la gloria de esos dos pobres muchachos que enfermaron y murie-

ron á fuerza de dar puntapiés á una pelota, cuando hay en el mundo tantas otras cosas verdaderamente dignas de darles puntapiés hasta echar el hígado; ni por qué se supone que es de las piernas y no de otro sitio, de donde la raza está que da lástima verla. Pero en fin, espero descubrirlo con el esfuerzo de mi voluntad y la ayuda de las páginas enteras de fútbol que diariamente publican los periódicos que entienden de mejorar las razas aunque sea martirizando el castellano.

LA CUESTION RELIGIOSA

## Lecciones ignacianas

Fruto espiritual.—Los jesuitas burlan también los cánones

Ahondar más en los bienes de los jesuitas de Madrid sería involucrar nombres de personas y entidades respetabilísimas, á quienes no quisiéramos causar la más insignificante molestia, tanto menos cuanto que están en su perfecto papel y obran á tenor de lo que hacen profesión.

Esto no quiere decir que no volvamos á la carga en momento oportuno, principalmente cuando lleguemos al final de unas pías que estamos siguiendo.

Pero lo dicho basta por ahora para sacarle el fruto espiritual que á nuestra campaña conviene.

El común sentir de las gentes era que los jesuitas son muy ricos, negociantes, marrulleros y de un egoísmo colectivo que no tropieza en obstáculos de ningún linaje. Pero ello no pasaba de un rumor; hoy ya tiene el público datos concretos que le dan fe de su certero instinto. Y tendrá más cuando hagan falta.

Pero bien; ¿es que no hay otros negociantes de su mismo nivel moral? Los hay, ciertamente; pero éstos son personas físicas y morales particulares; los jesuitas, en cambio, son directores de conciencia y maestros de moral, principalmente de las clases altas y directoras, de las gentes de dinero y de negocios, que necesariamente se han de contagiar de la psicología de sus funestos pedagogos; psicología de retencencias, de trampa, de marrullería, de egoísmo destructor, de mentira y farsa, de escolasticismo alambicador.



Si esos hombres mienten por escritura pública, cuando tan fácil es sorprender la mentira, ¿qué no harán cuando nadie pueda ser testigo de sus actos, cuando sus actos no puedan ser lanzados á la vergüenza pública, si así conviene al culto idolátrico de su colectividad?

Además, hay un canon, que es el 142, que dice textualmente: «Se les prohíbe á los clérigos negociar ó comerciar por sí ó por otros, ya en utilidad propia, ya en ajena.» Y acerca de este canon, el propio padre Ferreres, jesuita de cuerpo entero, tras estas palabras: «Célebre controversia. Lo que se discute es si les será lícito comprar acciones.» Es más probable la opinión afirmativa, tanto si se trata de acciones de sociedades industriales como de comerciales, etc., y tanto si son sociedades establecidas como si han de establecerse, «con tal que el clérigo no tome parte alguna en llevar los negocios de la sociedad, y por tanto, no asista, ni por sí ni por otro en su nombre, á las reuniones generales de los socios en que se ventilan los negocios.» (Iust. canon. t. I, pág. 117.)

Ni la ley ni las palabras del padre Ferreres pueden ser más claras.

Por consiguiente tampoco puede ser más claro que los jesuitas quebrantan públicamente la ley canónica lo mismo que la civil. Y las sutilezas escolásticas y las dispensas que tal vez haya, arrancadas por su prepotencia en la curia romana, no pueden tranquilizar á ninguna conciencia que no tenga la capacidad morbosa y flatulenta de la uya.

Por donde es preciso fijar bien el concepto de que los padres jesuitas, maestros, orientadores y rectores de nuestras derechas, no respetan ni las leyes de la Iglesia, ni las leyes del Estado, ni las leyes de Dios siquiera, que prohíben mentir. Ya en su misma fundación, cuando Paulo III les dió la bula de su constitución canónica, ellos, con San Ignacio á la cabeza, que firmó también el documento, se alzaron contra ella y declararon al hacer los votos que en tanto rigieren, enmendaren y dispusieren; lo dice el padre Astrain, jesuita también, en su *Historia de la Compañía de Jesús en su Asistencia de España*. Esto es muy grave. ¿Cuál será la ley para la cual esos hombres exigen obediencia ciega? Para su colectividad no hay ninguna; mejor dicho, la suprema ley es la conveniencia de la Compañía, aunque ésta sea contraria á los intereses del Estado, de la patria, de la Iglesia ó de Dios. Para los particulares religiosos, clérigos, seglares, hombres ó mujeres, la ley y la doctrina que no se pueden impugnar, ni discutir, ni razonar siquiera, es la ley y la doctrina que imponen los padres de la Compañía.

Tal psicología, que es la psicología predominante del régimen eclesiástico español, no puede aceptarla ningún pueblo que no tenga sentimientos idolátricos ni alma de esclavo.

Y aquí es preciso hacer observar la insensibilidad espiritual de nuestra sociedad, amasada y plasmada por la Compañía de Jesús. Contrás, por ejemplo, un ciudadano matrimonio civil ó se une simplemente á una mujer en forma doméstica sería y por contrato natural, en lo cual no hay más que quebrantamiento de una pura ley eclesiástica, puesto que tales uniones sin la llamada ley canónica de clandestinidad serían perfectos y santos matrimonios, y ya nuestra sociedad católica los mira á él y á ella con apartamiento y desvío, aun cuando sean en todo lo demás personas respetabilísimas y esculpulosas cumpidoras de todas las leyes. En cambio ahí tenéis á los jesuitas mintiendo por instrumento público, defraudando á la Hacienda y fingiendo ser lo que no son al quebrantar las leyes de la misma Iglesia y profanar el espíritu monacal con la ambición de las riquezas materiales, vicios todos ellos físimos y de la más plebeja condición, y, sin embargo, no sólo no los rechaza y los mira con desvío nuestra alta sociedad católica idiotizada, sino que tiene á gala la más íntima comunicación con ellos, negociar y comerciar con ellos y aceptarlos por maestros y pedregosos.

Y no es esto todavía lo más grave.

J. TORRUBIANO RIPOLL

(De *El Liberal* de Madrid.)

## UNA CONVERSION FINGIDA POR CAUSA DE LA COMIDA

Entre tantos inconvenientes como la edad trae consigo, alguna ventaja habíamos de tener los hombres de cabellos blancos. Y esta ventaja, que no es pequeña, consiste en no asombrarnos de nada, por extravagante é increíble que parezca. Hemos presenciado tantas cosas, de tan diversos estilos y calibres, que las novedades se acabaron para nosotros. Y allá va un suceso, que aunque parezca cuento, encierra más verdad que muchas historias.

Reinaba tranquila doña Isabel II y aún había de tardar algunos años el pronunciamiento ó revolución de Septiembre, es decir, hace ya bastante tiempo, mas viven todavía quienes recuerdan la conversión de que ahora trato.

Por las calles de Cádiz vagaba á todas horas como peiro sin dueño un inglés peli-rojo, degado y de pequeña estatura. Anunciábase como profesor de idiomas y decía que enseñaba inglés, francés, italiano y alemán; pero por falta de discípulos y sobra de boquetes en los desgarrados calzones, solía enseñar algunas corritas que ciertamente no eran idiomas, ni nada de literatura. Su levitilla raída procuraba ocultar con el cuello levantado la ausencia ó suciedad de la camisa; y

desde el parduzco sombrero, hasta los rotos zapatos por donde asomaban los dedos como para tocar el piano sobre los adoquines, todo en tal persona estaba con voz muda y elocuente clamando MISERIA. Claro es como la luz que á proporción y consonancia del traje andaría la parte alimenticia, de lo que daba seguro indicio su extremada flaqueza, pues parecía estar estudiando para estoque y hallarse al fin de la carrera. Era protestante, aunque sólo protestaba de su negra fortuna, y con sobrada razón, pues siendo realmente un hombre de ingenio y de no vulgar cultura, hallaba cerradas todas las puertas, sin lograr con su trabajo ganarse un pedazo de pan: Mas como era listo y suele discurrir un necesitado mejor que cien abogados, consiguió poner el pie sobre terreno firme y cambiar su hambre en hartura, su angustia en satisfacción, su tugurio en casa decente y sus harapos en elegancia.

*In illo tempore*, esto es, por aquel tiempo había en la misma ciudad un señor obispo, que era ciertamente buena persona. No era carlista, ni conspiraba, ni aterrorizaba dinero, ni tampoco había inventado la pólvora, pues su talento y ciencia no se hallaban al nivel de sus virtudes religiosas. A cada cual lo suyo; tal es la justicia.

Y aconteció que un día solemne predicaba en la catedral el obispo, sólo para cumplir su deber y no por gusto ni lucimiento, pues el hinchar un sermón propio, ó tomarlo de memoria si era ajeno, le costaba al pobre señor grandísimo trabajo con fatigas y trasudores de muerte. Mas siendo hombre juicioso, conocía sus escasas facultades y jamás presumió de elocuencia. Cuál no sería su asombro al verse interrumpido en mitad de su plática por los gritos del inglés, que de rodillas y con los brazos abiertos clamaba con desahogada voz:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ya se me cayó la venda! ¡Ya veo la luz! ¡Bendito sea Dios y alabado este santo obispo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Yo quiero ser católico! ¡Ayayay!

En vano le mandaban callar, porque repetía sus exclamaciones de cada vez más recio; y como no daba oír el sermón, hubo que llevarle casi por fuerza á la sacristía. Terminado su discurso, fué el obispo á verle y hablarle. Entonces el inglés le manifestó su propósito de abjurar del protestantismo para entrar en el gremio de los católicos apostólicos romanos y salvar su alma de las garras del demonio, cuyo beneficio incomparable le debería á la gracia de Dios y á la virtud y elocuencia del señor obispo, á quien proclamaba su protector y padre, abrazándole y besándole, y derramándole lágrimas como garbanzos. Ni Talma, ni Maquie, ni Latorre en los tiempos de su mayor gloria trabajaron con el aplomo, la naturalidad y perfección del inglés, que si en lugar de aplicarse á los



idiomas se hubiera dedicado al teatro, contaría el arte dramático un genio más, y no de los menores.

El obispo, lleno de piadoso íbilo, aturrido y absorto, creyó como el Evangelio todas las protestas del protestante y le mandó ir á su palacio; pues ya que por la misericordia de Dios había logrado convertirle, quería completar la comenzada obra, siendo en la fe y doctrina católica su instructor y catequista.

A lo que estamos, tuerta de mi corazón. Con la puntualidad de un cronómetro acusó el inglés al palacio del obispo, quien al verle tan mísero y derrotado, le dió para vestirse con decencia y le prometió recomendarle como profesor en varias casas principales donde le pagarían bien sus servicios. Y no fueron efrecimientos vanos: la influencia del prelado y el ruido de la conversión pusieron de moda á mi héroe, quien al poco tiempo enseñaba de verdad idiomas, y no las carnes á través de los desgarrados vestidos. Desde las ocho de la mañana hasta el oscurecer corría de calle en calle y de casa en casa entregado á sus d ácticas labores, pues apenas quedó señorito ó señorita que no sintiese comenón de aprender lenguas extranjeras. Hasta en un centro oficial de enseñanza logró cátedra; y como era trabajador infatigable, ganaba cuanto quería.

A poco de su conversión nadie le hubiera conocido. Aunque nunca fué gordo, echó buen color y carnes medianas: con su traje lustroso y elegante, su bastón con puño de plata, su hermosa cadena de oro y su aire satisfecho parecía todo un marqués ó un propietario. Algunas veces refería él mismo su conversión, ponderando la elocuencia del obispo; pero su acento extranjero y el tono particular con que decía las cosas, no permitían discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba del obispo y también de los oyentes. Cierta día yo fumaba y él tomaba rapé: sólo había con nosotros otras dos personas. El inglés dijo que antes de convertirse al catolicismo, lo había consultado con algunos varones piadosos, y yo exclamé:

—Conozco muy bien á esos piadosos varones.

—No puede ser: yo no los he nombrado.

—Mira, inglés: tú engañaste al obispo; pero á mí no me engañas. Los piadosos varones que te aconsejaron convertirte al catolicismo fueron el casero, el zapatero, el sastre y el tendero de comestibles.

—Diré para concluir el nombre de mi héroe? Mas ni el hábito hace al monje, ni el apellido á la persona; fuera de que ya murió, y á los muertos se debe paz y descanso. Pero si algún apellido le cuadraba, no era ciertamente inglés, sino viz aino. Debió llamarse el señor Lagartomendi.

NARCISO CAMPILLO

## COPLAS DEL DÍA

### Nuevo académico

Entró en la Academia Gómez de Baquero,  
culto caballero  
que mantiene en alto de la prosa el fuero.  
Entró en la Academia, que prez recon-  
[quista,

un gran periodista  
que muestra, á diario, su temple de artista.  
Entró en la Academia, con frac y chistera,  
el que, en su espetera,  
guarda la elegante pluma de Valera.  
Entró en la Academia; tras larga labor,  
un gran escritor,  
que, día por día, escribe mejor.

Yo admiro en el genio que alcanzó la  
[palma,

esa dulce calma,  
que es, en el estilo, elegancia de alma.  
Yo admiro en Baquero esa paz refleja;  
por la que su queja  
no es dardo de avispa, sino miel de abeja.

Yo admiro en Baquero esa poesía  
que da á su ironía  
un fondo exquisito de melancolía.

Yo admiro en su estilo, de educado *esprit*,  
esa *bonhomie*  
que todo lo niega diciendo que sí.

Y admiro en el hombre que, en días ac-  
[tuales,

renueva las sales  
de las hoy dormidas ansias liberales.  
Admiro en su musa, tan culta y galana,  
esa nueva gana

de vestirse, digna, la tú sica grana.  
Me gusta, en sus prosas, ese *ritornello*.

al joven anhelo  
de querer que España sea un libre suelo.

Admiro en Baquero el civil fervor  
de su actual labor...

(Y aún hay quien murmura que es conser-  
[vador!)

Entró en la Academia Gómez de Baquero;  
y hoy decirle quiero,

ya que es periodista: «¡Salud compañero!»  
«¿De comer almejas?»—como ha tiempo [dijo

el gran Lagartijo.—  
De lo que usted quiera; mas mi aplauso es [fijo.

Yo, aunque más plebeyo, soy también un [bardo,

que en clavar no tardo  
de mis ironías el punzante dardo,

Y hoy todo es preciso; que, en horas de [anemia,

y para el combate, que castiga y premia,  
deben ir unidas la musa bohemia,  
y la de alto guante, que entró en la Acade- [mia.

LUIS DE TAPIA

(De La Libertad)

Al terminar un banquete que celebraron los católicos de Mondragón el día de San Luis, se echaron á la calle á tiempo que pasaba el repartidor de Ex-

MOTÍN, y le insultaron, le arrebatron diez números que llevaba y lo abofetearon prevaleiéndose de que no podía defenderse por tener inútil el brazo derecho, razón por la cual se gana la vida vendiendo periódicos.

No me extraña. Llevarían berrache-  
ra doble; la del vino y la del fervor di... vino.

### Vecindad de beatos

En el piso principal derecha de la casa en que habito vive don Serafín, tendero cristiano y ladrón, que tiene su establecimiento en la planta baja.

En el de la izquierda vive doña Rosa, jamona pasable, pensionista de la real casa, muy devota y muy piadosa.

Don Serafín fué dos veces viudo, y está ahora casado con una mujer más joven que él. Doña Rosa es viuda, pero sin reincidencias matrimoniales. No es culpa suya, pues la pobre bien quisiera, mas el temor de perder la pensión...

\*\*\*

Todas las mañanas, apenas la portera franquea la salida de la casa, no sé si por rara coincidencia ó con deliberada intención, se encuentran en el portal doña Rosa y don Serafín, éste con un gorrito en la cabeza y la cesta de la compra al brazo.

También doña Rosa madruga con el mismo objeto, pues los devotos de buena pasta se procuran antes el sustento del cuerpo que el del alma.

\*\*\*

Cuando se reúnen en el portal la soñolienta portera y mis dos vecinos, la conversación viene casi siempre á ser la misma. La de ayer fué así:

—Buenos días, don Serafín.

—Santos y buenos nos los dé Dios, doña Rosa.

—Se va á la compra, según veo.

—¿Qué vamos á hacerle? A mi mujer, como joven inexperta que es, la engañan en la plaza y al dependiente no quiero confiarle este encargo. Y ahora que me acuerdo; portera: ¿me hace usted el favor de darme cinco pitillos de la cajetilla que le dejé anoche en depósito? Porque ha de saber usted, doña Rosa, que tengo que ocultar este vicio á mi mujer, pues le molesta el humo del tabaco. Vaya, ¿los trae usted, señora Bonifacia? Uno, dos, tres, cuatro, cinco pitillos justos. ¡Ahora una cerillita! ¡Y qué satisfecho se queda uno cuando puede hacer de escondite una calaverada!

—Calaverada no, don Serafín. El padre Gómez fuma por catrce, y, sin embargo, es un bendito.

—Un santo, señora.

—¿Le oyó usted predicar la novena ayer?

—Calle usted; si es un pico de oro. No pierdo uno de sus sermones. Leo siempre *La Semana Católica*, que después me sirve para envolver espe-



pecias, y estoy al tanto de los templos en que predica. ¿Y quisiera usted atar más corto el perrito? Parece que me anda buscando las pantorrillas.

—No lo crea usted; es completamente inofensivo.

—¿Conque usted, doña Rosa, compra en el Carmen?

—Sí, señor; y usted en San Ilde fonso, según me ha dicho.

—Allí voy ahora, para volver pronto a casa y concurrir después a la misa de comunión.

—Tiene usted mucho tiempo disponible; eso es a las ocho. También iré yo.

—Pero antes tengo que abrir la tienda y atender al primer golpe de los parroquianos. A las ocho me iré a la iglesia.

—Allá nos veremos. ¡Ah! ¡Si me hiciese usted el favor de prestarme las Visitas al Santísimo de letra gruesa que tienen... Porque como los templos están oscuros por la mañana...

—Se las pasará a su casa, señora. ¡Vaya! Con mucho gusto.

Y se despidieron. Eran las cinco y media de la mañana.

\*\*\*

A eso de las ocho, un gran escándalo alborotó a toda la vecindad.

—¡Pílo! ¡Bribón! —gritaba la mujer de don Serafía, golpeando con furia la puerta de doña Rosa—. ¡Sal aquí, y que salga también esa!...

El increpato, no pudiendo salir por la puerta, lo hizo por la ventana de la cocina de la beata, separada de la suya por sólo medio metro de pared y dando ambas al patio; pero ágil su costilla, corrió a recibirle con el palo de la escoba, magullándole a golpes, tanto más sensibles para él, cuanto que se había aligerado excesivamente de ropa.

—¡Pero, mujer! —exclamaba el infeliz soportando la paliza y agarrándose a la pared como un gato, por temor a romperse la crisma—. ¡Si esto no es nada! He venido a traer a la vecina Las visitas de Jesús.

—Sí, sí; ya sé a lo que son las visitas tuyas —respondióle su conyuge, continuando la zurrabanda.

Por fin dejóle entrar en casa y desahogó el resto de su furia diciendo sinnúmero de improperios a su vecina.

—¡Fíense ustedes de estas beatas! —exclamaba mientras los demás vecinos declamaban mentalmente:

«¡Cualquiera se fía también de estos beatos!»

El día 19 del mes último salió de Tortosa una peregrinación hacia Lourdes, que seguiría luego hasta Roma.

Al frente de ella iba el obispo de la diócesis con 125 000 pesetas para que el Papa las aplique al llamado *dinero de San Pedro*, y además un vagón cargado con productos de la comarca: vino, aceite, arroz, almendras, etcétera, regalos que serán muy agradeci-

dos por proceder de una provincia donde el hambre hace estragos, y a pesar de esto los católicos de buena posición abren suscripciones para que nada falte en el Vaticano.

## EDICION DE LUJO

Tal pudiera llamarse la que acabo de hacer del famoso libro *La religión al alcance de todos*, del que llevo vendidos sesenta mil y pico de ejemplares.

Y aunque por la superior calidad del papel y lo esmerado de la impresión podría disculparse la subida de precio, seguirá vendiéndose el tomo al mismo que los de la anterior: dos pesetas.

Pero a fin de no parecerme una vez más al Sastre del Campillo aquel que costó de balde y pontó el hilo, suprimiré todo descuento en este libro, pero no cargaré el francoque ni el certificado al que lo pida; es decir, que lo recibirá todo el que envíe aquella cantidad.

## Bibliografía

*El Ser Subconsciente*, por el doctor Gustavo Geley. Esta nueva obra publicada por la Casa Maucci, de Barcelona, constituye una síntesis explicativa de los fenómenos oscuros de psicología normal y anormal, escrita por el antiguo interno de los Hospitales de Lyon, laureado por la facultad de Medicina.

Las obras de Geley, malogrado Director del Instituto Internacional de Metapsíquica, de París, se completan entre sí y forman un todo armónico. La que anunciamos puede clasificarse de preliminar de la que también editó la misma Casa *Del Inconsciente al Consciente*.

Para extraer todo el jugo que ésta última contiene, es conveniente, casi indispensable apreciar antes al *Ser Subconsciente* en lo anormal y lo normal, cosa que fácilmente se consigue siguiendo paso a paso el estudio que de ello hace su autor en la obra que tratamos. Vale la pena, por lo tanto, de que cuantos tengan interés en capacitarse de la transcendencia filosófica y metafísica que se deriva de la obra *Del Inconsciente al Consciente*, empiecen por hacerse cargo de los postulados de *El Ser Subconsciente*. Al recomendarlo así, creemos dar un buen consejo.

Esta obra, traducida perfectamente de la segunda edición francesa, se vende en todas las librerías al precio de tres pesetas.

## SUSCRIPTORES A 25 PESETAS MENSUALES

Eduardo Gómez de Baquero, Madrid; recibidas 50 pesetas por los meses de Junio y Julio.

Gran Logia Noroeste de España, Gijón; ídem 25 por el mes de Junio.

## Amigos que han enviado cantidades para ayudar a EL MOTÍN

Varios amigos, Santa Cruz de Tenerife, 50 pesetas; *El Noroeste*, Gijón, 70.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Elda.—Esteban Bañón, abonada su suscripción a fin Julio 1925.

Ilescas.—Fernando Aguilar, íd. a fin Diciembre 1925.

Bambibre.—Abel Díez, íd. a fin Diciembre 1925.

Barcelona, Alfredo Escudero, ídem a fin Septiembre 1925.

Meilla.—Francisco Romero, íd. a fin Agosto 1925.

Garrovillas.—Isidro Flores, íd. a fin Mayo 1926.

Carmona.—José Vázquez, íd. a fin Diciembre 1925

Teruel.—José Narro, recibido su giro de 25 pesetas; ¿para qué?

Almería.—Antonio Tuñón, íd. de 25; conforme.

Fuliola.—Marcelino Pané, íd. de 18; conforme.

Córdoba. Rafael G. Requena, ídem de 60; conforme.

Málaga.—Miguel Torres, íd. de 18'25; conforme.

Oribuela.—José Sánchez, íd. de 15; ¿para qué?

Ayza.—Juan A. García, íd. de 7'80; conforme

Villanueva de Castellón.—Francisco Grau, íd. de 18; conforme y escribo.

Barcelona.—José Ferrer, íd. de 75; conforme.

Bilbao.—Jesús Martínez, íd. de 15'60; conforme.

## ALBUM PRIMERO

DE

CARICATURAS Y DIBUJOS

PUBLICADOS EN

"EL MOTÍN"

PRECIO: 7 PESETAS

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de descuento.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.